

LOS IRRESPONSABLES

Drama en tres actos y en verso

original de

JOAQUÍN DICENTA

Estrenado con extraordinario éxito en el
teatro Español, de Madrid, la noche
del 27 de Noviembre de 1890



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES",
1940 1945 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»

21, Calle de San Pablo, 21

1215

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la «Sociedad de Autores Españoles» son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada para TEATRO MUNDIAL.

FÉLIX COSTA, IMPRESOR ; ASALTO, 45, — BARCELONA

REPARTO

Personajes	Actores
MARGARITA	Srta. Guerrero.
ROSA	» Parejo.
FELIPE	Sr. Calvo (don R.)
DON ANSELMO	» Jiménez (D.)
PADRE ANDRÉS	» Pérez.
CARLOS	» Rivelles.
GASPAR	» Molina.
JOSÉ	» Calvo (J.)



ACTO PRIMERO

El teatro representa el comedor de una casa de campo. En el fondo, una plataforma con balaustrada de piedra que supone dar al jardín. Dos puertas en el lateral derecha y una puerta y una ventana practicable en el izquierdo. El decorado de la habitación propio y conveniente a una casa rica de aldea. En el primer término, a la izquierda del espectador, un sillón; a la derecha, un sofá.

ESCENA PRIMERA

ROSA y MARGARITA, junto a la ventana.

ROSA ¿No los ve usted allá arriba al final de la vereda del atajo? El de delante es don Anselmo, y aquella sotana que se columpia sobre el trigo que verdea, el padre Andrés; y el que sigue detrás, esa buena pieza de Gaspar. Lo que es a éste, aunque fuese de un legua le conocía.

MARGARI. El cariño ve mucho, Rosa, y no encuentra obstáculo en la distancia.
¿No es verdad?

ROSA Puede que sea el cariño, señorita. El caso es que cuando cierra la noche y está el camino obscuro como una cueva, yo, asomada a la ventana como se asoma el que espera, con el cuerpo hacia adelante y estirando la cabeza, entre los pasos de todos los que vuelven de la aldea, sé qué pasos son los suyos, si anda lejos o anda cerca, y le oigo hablar aunque no hable, y con la mirada puesta en la obscuridad, le veo sin que mis ojos le vean.

MARGARI. ¿Y él?
ROSA Como todos los hombres : queriéndome a su manera, menos que yo, pero es bueno, y honrado y no tengo queja.

MARGARI. En querer y ser querida ¡qué gran ventura se encuentra !
ROSA ¡Vaya ! Y usted bien lo sabe, porque la quieren de veras.

MARGARI. ¿Quererme?
ROSA Por don Felipe hablaba. Yo no estoy ciega y le he mirado a los ojos cuando mira a usted.

MARGARI Ya llegan.
(Dirigiéndose al foro.)

ROSA El cura comerá en casa, porque hoy es día de fiesta, y antes falta él a su misa que faltar a nuestra mesa.

ESCENA II

MARMARITA y ROSA. DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS,
por el foro.

MARGARI. ¡ Padre mío !
ANSELMO ¡ Hija del alma !
(Abraza a Margarita.)
¿ Tardé mucho en dar la vuelta ?
(Ademán negativo en Margarita.)

ANDRÉS Eso : al padre mil caricias, y ni una frase siquiera a este viejo.

MARGARI. ¡ Señor cura !
ANDRÉS Ingratona. ¡ Cómo pesa el calor ! Estoy rendido y tengo las fauces secas.

MARGARI. ¿ Quiere usted un vaso de agua ?
¡ Rosa !

ROSA Más clara y más buena que la de aquí, señor cura, no la hay en toda la aldea.

ANDRÉS Gracias a tí.
ROSA Y al botijo y al aire que lo refresca.

ANDRÉS Pues no la desperdiciemos.
ANSELMO Tráela pronto.
ROSA Voy.
(Se dirige a la balastrada, donde habrá un botijo, y llena de agua un vaso.)

ANDRÉS Espera y dame antes un cepillo.
(Rosa deja el vaso sobre el aparador y sale por la derecha.)
Porque esa naturaleza que tanto agrada a tu padre y a mí tanto me molesta, en cuanto ve mi sotana larga, triste, pobre y negra, parece como que siente ira o aversión contra ella, y que al mancharla de polvo

le dice, en son de protesta :
 yo, que ofrezco vida al mundo,
 y esplendores a la tierra,
 y perfumes al espacio,
 y goces a la existencia,
 a ti no te ofrezco nada,
 todo contra ti me alienta ;
 yo soy luz y tú eres sombra ;
 y cuando hacia mí te acercas,
 te doy lo que se deshace,
 lo que gérmenes no lleva,
 este polvo árido, estéril
 residuo de la materia
 que ni embellece ni encanta,
 ni fecunda ni procrea.
 ¿ Eso cree usted ?

ANSELMO

ANDRÉS

ANSELMO

ANDRÉS

MARGARI.

ANSELMO

ANDRÉS

MARGARI.

ANSELMO

ROSA

ANDRÉS

ROSA

ANDRÉS

ROSA

ANDRÉS

ROSA

ANDRÉS

ROSA

Lo digo.

¿ Y lo que dice lo piensa ?

¿ Quién sabe ! Me ha contagiado
la filosofía incrédula

de Felipe, de ese escéptico.

¿ Él ? De ninguna manera.

¿ Escéptico ! Es un creyente

y tiene el alma muy buena,

y ama todo lo que es grande

en el cielo y en la tierra.

¿ Le defiendes ?

¿ A un impío !

¿ Yo, señor !

¿ Te da vergüenza ?

(Entra por la derecha.)
El cepillo.

Trae.

Yo misma

cepillaré.

Como quieras.

¿ Cuánto polvo !

(Arrodillándose para cepillar la sotana.)

Arrodillada.

No es mala postura ésta.

Actitud de pecadora.

Lo mismo estaré en la iglesia

cuando usted me case, padre,
 y no me causará pena
 la postura.

ANDRÉS

Picarona,

siempre con la misma idea.

ROSA

Es la que me cansa menos.

ANSELMO

Y la que más te interesa.

MARGARI.

El agua.

ROSA

Voy al instante.

Aquí está. (Trae el vaso de agua del aparador.)

ANDRÉS

¡ Gracias !

MARGARI.

¿ Qué cuentas

del paseo ?

ANSELMO

Delicioso :

mi alma se esparce y se alegra
en el campo.

(El padre Andrés devuelve a Rosa el vaso.)

ROSA

¿ Más ?

ANDRÉS

No, gracias. (Vase Rosa.)

ESCENA III

MARGARITA, DON ANSELMO y EL PADRE ANDRÉS.

ANDRÉS

Amigo mío, ya pecan

de locura los afanes

que el campo en usted despierta.

ANSELMO

¿ Locura ? De ningún modo.

Es que no hay cosa más bella.

ANDRÉS

¿ Qué opinas ?

MARGARI.

Lo que mi padre.

ANSELMO

Cuando el sol sus rayos muestra
y las gotas de rocío

que flores y árboles pueblan,

con matices de oro y nácar

se tiñen y festonean,

¿ qué espectáculo del mundo

ni se iguala ni se acerca

al que los ojos admiran

mirando esta fértil vega ?

Allí los alegres prados

donde orgullosas se ostentan,
columpiadas por el aire,
que las agita y las besa,
anchas espigas de trigo
jugosas, verdes y frescas,
por en medio de las cuales
alzan sus caras bermejas,
de negras motas orladas,
las amapolas inquietas ;
más allá, la vid rugosa,
por cuyas ramas morenas
se extiende el sombrío pámpano
del agrio fruto defensa ;
a este lado, el maizal
mostrando sus rubias hebras
que parecen una mata
de pelo que se desgreña ;
al otro, el humilde río
que entre juncos culebrea,
mientras los flexibles sauces
nacidos en la ribera,
para acariciar sus ondas
se encorvan y se doblegan
con tómeroso crujido
y cortesana apariencia.
Después árboles robustos
sobre cuyas ramas tiemblan
hojas de vivos colores,
frutos de exquisita esencia,
brotes que a trechos esmaltan
la endurecida corteza,
savía que fecunda el suelo
y pájaros que gorjean ;
detrás, espinos y zarzas
que suben por las laderas
como turba de muchachos
desenfrenada y revuelta ;
más arriba los tomillos,
las aromáticas hierbas
que el libre y risueño ambiente
nutren, perfuman y olean,
y más lejos aún, trepando

por los riscos de la sierra,
los pipares verdinegros
donde las nubes se acuestan.
¿ Puede haber nada más grande
que esto, cuando a esto se agregan
un cielo azul, infinito,
una atmósfera serena
y un sol que convierte en oro
hasta el polvo de la tierra ?
¿ Verdad que sí, padre mío ?
Yo que esa naturaleza
vi desde el primer momento
en que vine a la existencia,
no ceso de contemplarla
y ante ella mi alma se eleva,
porque es, como Dios, gigante,
inagotable y eterna.

MARGARI.

ANDRÉS

MARGARI.

ANSELMO

¿ Conque ya estoy derrotado ?

Pero derrotado en regla.

Créalo usted, señor cura :

cuando cubren la cabeza
las canas y va la sangre
moribunda por las venas,
sólo estas dichas existen
y estos placeres consuelan ;
siempre que vuelvo del campo
buscando la humilde puerta
de mi casa, y veo a mi hija
que en los dinteles me espera,
digo, besando su frente
y contemplando la inmensa
bóveda del firmamento :

¿ Quién, por avaro que sea,
pide más ? ¿ Cómo pedirlo
yo, si en esta hora suprema
tengo todo, porque tengo
Dios arriba y abajo ella ?

ANDRÉS

Margarita y Dios... Conformes
en que el uno y la otra sean
para usted toda la vida ;
lo que en mí apoyo no encuentra
ni puede encontrarlo nunca,

señor don Anselmo, es esa monomanía campestre de que orgulloso alardea. Será vejez, egoísmo y todo lo que se quiera; pero en lugar del hermoso cuadro que usted me bosqueja y al que preside una atmósfera que me asfixia y que me tuesta, prefiero yo un cuarto fresco donde entre el sol con prudencia, una cama bien mullida, una bien servida mesa, un sillón de ancho respaldo para la hora de la siesta, un ángel a quien querer y un amigo que me quiera. Aquí tiene usted el amigo.

ANSELMO
MARGARI.

Y éste es el sillón.

(Señalando el que habrá a la derecha.)

Y aquella la cocina, donde Rosa revuelve platos y especias, y donde voy yo al momento para que todo intervengan, si no las manos de un ángel, las de una amiga sincera.

(Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA IV

DON ANSELMO, EL PADRE ANDRÉS, y al final, GASPAR.

ANDRÉS ¡Qué buena y qué cariñosa! (Por Margarita)
ANSELMO Sólo esta prenda querida me hace soportar la vida desde que murió mi esposa; en ella mi afán se encierra, ella es mi único consuelo, por ella temo que el cielo me separe de la tierra.

Sin ella, ni fe, ni calma, ni esperanza ni alegría; ¡cómo no, si es obra mía por el cuerpo y por el alma! Quedó huérfana a la edad en que el labio balbucea sonidos faltos de idea, de expresión, de claridad; y al verla sola, mi amor buscó de servirla modo y lo fui para ella todo: su padre, su protector, su consejero, su amigo, su maestro, su Dios, su bien; en sus penas un sostén, en sus dichas un testigo. Tal empresa logré, fija la mente en su porvenir, en lo que puede exigir la felicidad de mi hija, por el recuerdo y en nombre de la pobre ciatura que fué mi mayor ventura; y mañana, cuando un hombre honrado, seguro, fiel, la ame, a su amor respondiendo, yo diré a ese hombre, poniendo sus manos entre las de él: «Te la entrego por esposa; es el mejor de mis bienes, es mi alma entera. Ahí la tienes, sé feliz y hazla dichosa.»

ANDRÉS

¿La dará usted de ese modo?
¿Sin pena?

ANSELMO

Sin pena, no; lo haré sabiendo que yo no lo soy para ella todo; y lo haré porque, a mi juicio, no fuera este amor objeto de mi existencia completo faltándole el sacrificio.

ANDRÉS Bien ; pero ese trance está muy lejano.

ANSELMO Señor cura, mi corazón le asegura que se halla cerca y vendrá. Empeño inútil sería tratar de ocultarlo : es su hora ; cuando despunta la aurora ya no retrocede el día.

ANDRÉS Entonces cosa acordada ; hay que buscarle marido. Usted lo tiene elegido.

ANSELMO Yo en esto no elijo nada ; ha de ser ella.

ANDRÉS ¿Y lo tiene?

ANSELMO Tal presumo.

ANDRÉS Pues que sea pronto si ella lo desea y es hombre que le conviene.

ANSELMO Sin duda. Él es...

ANDRÉS Ya lo sé, y honrado le considero. Su sobrino, el ingeniero. ¿Acierto?

ANSELMO No acierta usted.

ANDRÉS ¿No? Cuando él estuvo aquí ha tres años, yo le daba por elegido ; que amaba a Margarita creí.

ANSELMO Pero ella no, y prueba fiel es que mi joven pariente está tres años ausente sin que ella se acuerde de él.

ANDRÉS ¿No es Carlos?

ANSELMO Para ventura de todos, mi hija pensó, si no me equivoco yo, porque hablo por conjetura, en hombre que no apetece, como Carlos, las hermosas perspectivas bulliciosas que el mundo social ofrece,

y que nada necesita, y nada ha de pretender como logre poseer el amor de Margarita. ¡ Don Felipe !

ANDRÉS El mismo. ¿ Es mal pretendiente el escogido ?

ANSELMO ¡ Un hombre desconocido !

ANDRÉS ¿ Desconocido ? No tal.

ANSELMO Dos años de residencia aquí lleva, y le tratamos por amigo y admiramos la virtud de su conciencia. Rico y libre, como afirman sus propias declaraciones, sin orgullo ni ambiciones, como sus actos confirman, ¿ qué más puedo codiciar sino que pague el amor de mi hija, ni qué mejor esposo le puedo dar ?

ANDRÉS Es cierto, y hay que admitir que esos elogios merece y que hombre de bien parece ; mas, sin poderlo impedir, una duda osada y terca en contra suya me lanza, que, sin ser desconfianza, está de serlo muy cerca. ¿ Y la fundan ?

ANSELMO Su actitud, su esquivo retraimiento, su afán por un aislamiento impropio a su juventud. Ni un amigo, ni un pariente que vengan a este lugar, y que puedan enlazar su pasado y su presente... Luego su falta de fe...

ANDRÉS Esa es la cuestión precisa. Un hombre que no va a misa ya es dudoso para usted.

ANDRÉS Sin religioso fervor
no hay bondad.

ANSELMO Usted se expresa
como cumple e interesa
a un ministro del Señor,
que, en este pueblo nacido
y en este pueblo educado,
sólo en creer ha pensado
y por creer ha vivido.
Yo estuve en el mundo ; allí
miré luchas y peleas
de contrapuestas ideas,
y al mirarlas comprendí
que no importa la opinión
para el bien si la sostiene
un hombre honrado que tiene
dignidad y corazón.
¿Felipe no es buen cristiano?
Pues por eso no he de odiarle,
ni temerle, ni negarle
de Margarita la mano ;
que, creyente o no creyente,
quien consiga enamorarla,
con quererla y respetarla
tiene más que suficiente.
¡ Don Anselmo !

ANDRÉS

ANSELMO Esto no impide
que antes de entregarle mi hija,
si a tal llegamos, le exija,
a cambio de lo que pide
y usando de mis derechos,
noticias y compromisos
tan claros y tan precisos
que nos dejen satisfechos.

(Ademán de interrupción en el padre Andrés.)

Y como creo entender
que usted me va a replicar,
con objeto de evitar
disputas, le llevo a ver
mi bodega, que arreglada
pienso tener por agosto
para recoger el mosto

de la próxima otoñada,
y donde paso los días
con ansias de cosechero,
contemplando el tragadero
de mis tinajas vacías,
que se abren esperanzadas
de que pronto caerá la uva
desde lo alto de la cuba
a sus bocas desdentadas.
ANDRÉS Corriente. Y hagamos punto
por ahora a nuestra cuestión,
con la expresa condición
de volver sobre este asunto
donde usted expone y juega
su dicha y el bienestar.

ANSELMO Como usted quiera. Gaspar,
(Aparece Gaspar por la izquierda.)
la llave de la bodega.
(Gaspar hace como que descuelga la llave de la puerta
de la izquierda y se la entrega a don Anselmo.)
Aquí está.

GASPAR ¿Vamos?
ANSELMO Andando.
ANDRÉS (Vase don Anselmo y el padre Andrés por la izquierda.)

ESCENA V

GASPAR ; a poco, FELIPE.

GASPAR ¡ Mañana más desastrosa !
Necesito hablar a Rosa ;
un momento estoy buscando
y no lo puedo encontrar.
Si no hubiera inconveniente,
ahora en la cocina.
(Se dirige hacia la segunda puerta de la derecha. Aparece Felipe en el fondo. Gaspar le oye.)
¿Gente?
¡ Don Felipe !
(Volviéndose hacia el fondo.)
¡ Hola, Gaspar !
¿Vino usted a caballo?
Sí.

FELIPE
GASPAR
FELIPE